

ANTONIO MACHADO: UN CLÁSICO DE NUESTRO TIEMPO

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
el verso como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Antonio Machado, como Ravel, es un artista signado por el equilibrio en una época de desquiciamiento y ruptura. No sabía si era clásico o romántico, aunque no cabe duda que se acerca más a la fuente «de manantial sereno» de un San Juan o un Manrique que a los sacudones emocionales de Bécquer o Espronceda. Además, la ordenada estructura de su poesía no da lugar a exabruptos románticos.

Esta rigidez es, sin embargo, aparente, porque de pocos puede decirse que hayan cantado con el corazón como lo hizo Machado. Pero detrás había una inteligencia vigilante que no es común advertir en la mayoría de los grandes poetas de nuestro tiempo, desde Rubén a Neruda, pasando por Vallejo. Por si no bastara la existencia de su doble (Juan de Mairena), es fácil comprobar tal rigor autocrítico por el hecho de que en toda su obra no existe casi un poema prescindible, lo que no puede decirse de ningún otro poeta en nuestro siglo y en nuestro idioma.

Machado fue una especie de Quevedo angélico, sin las espinas y la carcajada por momentos demoníaca del autor de *El buscón*, y lo que le faltaba de exuberancia le sobraba de buen sentido. Era tan artista como su contemporáneo Juan Ramón Jiménez, pero con la hondura y la humanidad de un Unamuno. Un hombre cabal, de gran corazón y gran inteligencia; yo creo que más no se le puede pedir a un poeta.

Dice Heidegger que poeta es aquel que devela una zona de lo óntico (lo que existe, pero no se ve) para transformarla en realidad objetiva, accesible a los otros. Y Machado vio como nadie el paisaje de España no en el sentido turístico de la palabra, sino en su consustanciación con el hombre y como parte integrante del universo.

Es de advertir que aun cuando refiere episodios autobiográficos no deja de mirar hacia afuera, lo que por cierto revela un espíritu griego. O sea: no situándose nunca como centro de todo, sino como un pasajero que va hablando de y con cuanto lo rodea, en una interrelación permanente de realidad objetiva y subjetiva.

Así, el paisaje geográfico vuelve con Machado a ser, también, paisaje humano. Creo que una pieza como *Los hijos de Alvargonzález* es, en este sentido, única en la poesía castellana contemporánea. Están descritos los tipos humanos y las situaciones conflictivas con una claridad y una violencia dostoiéwskianas, pero con verso sostenido, metálico. La gravedad —en el sentido de profundidad, no de solemnidad hueca— de esta composición, sin duda acerca a Machado al clasicismo más estricto.

El romanticismo nació de una necesidad de libertad total. Como toda revolución, trajo consigo algunos abusos como la frivolidad de confundir el juego poético con la poesía misma —lo que es notorio en mucho Juan Ramón, como lo sería después en Alberti—. Pero Machado siempre fue al hueso de las cosas, sin que le sedujera ser un hacedor de joyas.

Si extrajo algo del romanticismo fue su esencia: el ejercicio de la libertad, no del libertinaje. Es por encima de todo el poeta del equilibrio, de la austeridad, de lo imprescindible; todo lo cual es sinónimo de decantación y no de limitación. Su actitud contemplativa no nace del desencanto romántico de quien se considera centro del universo y es dejado de lado por los otros, sino de una concepción filosófica del mundo, de un *vanitas vanitatum* que es más piedad que desdén por los hombres. Un corazón solitario, en efecto, no es un corazón.

El arte poético de Machado, a mi ver, está contenido en los cuatro versos que sirven de epígrafe a estas consideraciones. En cuatro versos uno puede visualizar al hombre en su cosmovisión total. «¿Soy clásico o romántico? No sé.» Lo que sugiere que el poeta está nadando en dos corrientes estéticas que confluyen entre el siglo pasado y el presente, cuando ambas escuelas —el surrealismo no había llegado a España— agonizaban irreversiblemente. Su intención es dejar «el verso como deja el capitán su espada»; o sea: asumir una actitud viril ante el mundo, a la manera de los escribas bíblicos que ordenaban «someter a la tierra y poseerla». Pero la espada será «famosa por la mano viril que la blandiera», y «no por el docto oficio del forjador preciada». Es decir: el verso para grandes verdades; la espada, para la batalla, no para ser usada como elemento decorativo. En definitiva: la poesía concebida como el más augusto vehículo de

comunicación entre los hombres, antes que como deporte de refinados artesanos.

En otro orden de cosas, quizá llame un poco la atención la creciente popularidad de Antonio Machado —hasta los cantantes de vanguardia difunden sus poemas con música que no siempre condice con el espíritu de los mismos—. Lo que ocurre es que sólo perduran los poetas que nos ayudan a vivir, no los que nos entretienen.

Y Machado, en una época de catástrofe y de inseguridad generalizadas, se nos ha vuelto necesario a todos, semejante a un padre de carácter benévolo y firme que devuelve la fe a los niños que consideraban todo perdido.

LUIS DE PAOLA

Avda. de José Antonio, 15, 4.º B
MADRID-14